

Alla fine, si potrebbe forse dire che tutta la serie dei contributi tedeschi ed italiani sulla storiografia forma nel suo insieme una corrispondenza interna e un dialogo fra punti di vista supplementari. Molti articoli sono ricchi di informazioni e di analisi comparativi. Altri appaiono più specializzati e non manca a certi una disinvoltura sagace.

Delibes, Miguel:

*Señora de rojo sobre fondo gris.*

Barcelona: Ediciones Destino, Ancora y Delfín, 1991. 152 p.

Reseña por: Gudrun Wogatzke-Luckow

(Romanisches Seminar, Universität Köln)

*Señora de rojo sobre fondo gris*, la décimoctava novela de Miguel Delibes, recién publicada (setiembre 1991), es una novela corta, escrita en primera persona, desde la perspectiva de un narrador (¡no totalmente!) ficticio. Se trata del prestigioso pintor Nicolás que intenta superar dos acontecimientos entrelazados íntimamente, y que perturban su vida hasta los cimientos más profundos de su existencia. La muerte de la amada esposa Ana, madre ejemplar de los siete hijos comunes, y para su marido brazo derecho en la vida práctica y musa al mismo tiempo, le atormenta tanto como un período de incapacidad creativa que va parejo con la enfermedad de Ana. Con la pérdida definitiva de su mujer, su creatividad sufrió un descenso del que el artista cree no poder restablecerse nunca más.

Con respecto a la forma y al contenido hay un tercer hilo narrativo relacionado con estos acontecimientos. Nicolás cuenta las condiciones previas y las consecuencias de aquellos acontecimientos a su hija Ana – que poco antes había sido puesta en libertad por amnistía – al mismo tiempo que reflexiona críticamente sobre todo ello. Ana y su marido Leo estaban detenidos en la tristemente célebre cárcel madrileña de Carabanchel por actividades políticas durante la enfermedad de la madre. Ni siquiera se les concedió permiso para salir de allí y poder asistir a la boda de la hermana o al entierro de la madre.

Tanto la madre de Ana como Franco fueron abatidos por la muerte en 1975: Murió a los cuarenta y ocho años de edad desgraciadamente antes de que falleciera el dictador, lo que le imposibilitó a la hija de hallarse cerca del lecho de la agonizante. Ya no pudo agradecerle que durante su encarcelamiento hubiese cuidado su hija que apenas tenía unos meses y tampoco que le hubiese ayudado a recobrar el ánimo en sus visitas en la cárcel, a pesar de su enfermedad insidiosa, un neurinoma de cuyas consecuencias postoperativas fallecería.

La hija Ana es, como una analista, la oyente silenciosa del proceso de memorización de su padre en el viejo caserón de campaña que su madre había adquirido y arreglado perfectamente para las necesidades de su esposo. En ningún momento, sin embargo, Ana entra en diálogo con el padre. Ella, la que tenía que prescindir muchos meses de su hija y de su marido, torturado por los franquistas en la cárcel, escucha el



monólogo de Nicolás sin hacer un solo comentario. El soliloquio no sirve primordialmente para transmitir informaciones sino que, en una lectura más profunda, para rendir cuentas. Es el intento doloroso y autodestructivo por parte de Nicolás de culpabilizarse y disculparse al mismo tiempo. Nicolás pasa revista a la vida común. Escoge, según parece, arbitrariamente varios sucesos del pasado que, sin embargo, sólo sirven para contrastar con la propia incapacidad y torpeza la infalibilidad de su esposa, su capacidad singular de ser siempre buena y justa.

En su memoria estiliza a Ana que llega a ser una especie de "Übermensch" nietzscheano, un superhombre difícilmente inteligible, que no sólo se convierte en símbolo de la perfecta casada sino que incorpora la perfección a casi todos los dominios de vida: como madre, suegra, abuela, amiga, cuidando enfermos y ancianos no se le podía igualar nadie. En el trato con el prójimo se mostró hábil, delicada, cariñosa, valorosa, muy preocupada y discreta. Con su alegría y su optimismo ayudó a todos superar momentos difíciles de la vida. Pero Ana no sólo se comportó de forma ejemplar en el ámbito emocional. El corazón se unió en ella prototípicamente con la cabeza y la mano (Pestalozzi). Sus facultades como estudiante, arquitecta, restauradora, crítica de arte y literatura, o de secretaria, y su aguda valoración en todo cuánto tocase cuestiones de estética culminaba en una originalidad natural, plena de encanto y dignidad.

Estos valores interiores se reflejan en un exterior no menos colmado de perfección: Fina, provista de vivos ojos oscuros y cabello moreno, de un cuello delgado, de pies y manos gráciles, a Nicolás le parece igual en cuánto a juventud, belleza, y vigor tanto la señora de cuarenta y ocho años como la chica de dieciséis que conoció treinta años antes. ¡Y él se ve tan vulgar y feo! Proyecta una imagen negativa de sí mismo que contrasta con la positiva de Ana y en la que se percibe un *mea culpa* continuo. Se acusa de ser inapto, incapaz, impotente, perezoso, injusto, mezquino, pasivo, infantil, celoso, egoísta y cobarde. Opone la intrépida energía vital de Ana a su propia angustia existencial.

Así se presenta superficialmente la relación de esta pareja desigual. Esta primera lectura muestra obviamente la crisis de un artista ensimismado que, sufriendo a causa de la enfermedad y la muerte de una esposa maravillosa, cae en una depresión profunda cuya superación le parece imposible.

Pero es posible que haya una segunda posibilidad de lectura cuyo punto de partida sería la perfección de Ana. Esta se va perfilando cada vez con una mayor intensidad y va ganando peso en el transcurso de la lectura a medida que Nicolás se ve como un hombre fracasado en todo hasta llegar a los límites de lo aguantable. Si el lector/la lectora está dispuesto/a a sobrepasar esos límites para adentrarse más en los abismos de las personas se le ofrecen facetas ocultas a una visión simplista de esta pareja desigual.

Ante la muerte incomprensible, prematura, y absurda (Ana muere de un infarto del tronco cerebral después de haberse llevado a cabo con éxito la operación), el marido está sobrecogido de sentimientos de culpabilidad. Cuando enfermó seriamente él estaba persuadido de haberse aprovechado de ella, de haberla "comido" entre muchos en "un acto de antropofagia". Con ardor pide una segunda oportunidad de presentarse ante ella como marido bueno. Quiere volver a empezar para recuperar todos los momentos desperdiciados. En un acto de autocrítica destructiva se preguntó ante la inmi-